

Carlos, desposóse con Constantino VI; pero cuando, cinco años después, fueron los funcionarios bizantinos en busca de la joven, el proyecto de alianza quedó roto, en vista de lo cual los griegos desembarcaron en Benavento un ejército que fué derrotado. Siendo ya emperador, y viudo de Liutgarda, Carlomagno pensó de nuevo en un matrimonio que uniera las dos casas, proponiéndose con tal objeto casarse con Irene, con lo que reinaría en Oriente y en Occidente; al efecto envió á Constantinopla dos embajadores, pero en aquel momento el patricio Nicéforo relegó á Irene á un monasterio y se apoderó del trono. El usurpador, que era partidario de una inteligencia con los francos, remitió á Carlomagno, por conducto del metropolitano Miguel, una carta amistosa; pero Carlos, á quien alarmaban las lentitudes y las astucias cancillerescas, envió primero emisarios al país de los griegos, á Sicilia, á Dalmacia y á Venecia, y luego un ejército y una escuadra. En 806 el dux de Venecia y el duque de Zara se sometieron al rey de los francos; en cambio una flota griega reconquistó la Dalmacia. En 809, Pipino de Italia se apoderó de las islas de Grado y de Chioggia.

Entonces los griegos resolvieron entrar en tratos. Nicéforo acababa de morir en una batalla contra los búlgaros y le había sucedido su yerno Miguel, quien mandó una embajada á Aquisgrán. Recibióla el emperador en la iglesia de Nuestra Señora y declaró que renunciaba á Venecia y á la Dalmacia, saludándole entonces los embajadores con el título de «Basileo,» que llevaban los emperadores de Oriente (812). Aquel mismo año, dos emisarios francos, el abad Pedro y el obispo Amalario de Tréveris, llevaron á Constantinopla un tratado aprobado por los magnates eclesiásticos y laicos y firmado por Carlomagno, debiendo traer, en cambio, una copia del mismo firmada por Miguel y aprobada por sus sacerdotes, por sus patricios y por los magnates de su corte. «Bendecimos á Dios, decía Carlomagno, y le damos gracias de todo corazón por haber querido establecer la paz durante tanto tiempo buscada y siempre deseada entre el imperio de Oriente y el de Occidente.» Pero mientras los embajadores francos se hallaban en camino de regreso á Aquisgrán, Miguel fué destronado por León el Armenio; y cuando llegaron á Francia, acababa de fallecer Carlomagno. Esto no obstante, cangeáronse las últimas negociaciones á principios del reinado de Ludovico Pío.

El mundo parecía, por consiguiente, haber vuelto á aquellos tiempos en que estaba gobernado por dos emperadores romanos, residente el uno en Occidente y en Oriente el otro; por dos emperadores considerados como hermanos y á quienes se suponía reinando conjuntamente en el imperio, que permanecía uno é indivisible. Este es un ejemplo singular de la influencia que el pasado ejerce sobre las imaginaciones. Todos los hombres pensadores conservaban el culto de la unidad y de la paz romanas, que creyeron restablecidas por ceremonias y por palabras; pero el Oriente y el Occidente, más diferentes que nunca, no podían juntarse, ni podía el imperio llegar á ser una verdad en Occidente, porque todas sus instituciones, todas sus costumbres, todo su espíritu habían allí perecido en medio del desorden de las invasiones y del establecimiento de poblaciones

nuevas. No tardaremos en ver lo que, al contacto de la realidad, fué de este imperio restaurado en el año 800 por hombres que no sabían á ciencia cierta lo que era el antiguo ni lo que sería el nuevo.

## CAPITULO III

## EL GOBIERNO DE CARLOMAGNO (1)

I. El emperador.—II. El gobierno central. El palacio. Las asambleas y las capitulares. Los concilios.—III. La administración local. Condes, obispos y «missi.»—IV. La justicia, los impuestos y el servicio militar.—V. La sucesión de Carlomagno.

## I.—El emperador (2)

Carlomagno no era tal como nos lo representan la leyenda y el retrato; no tenía esa barba magnífica, larga hasta la mitad del pecho, ni llevaba ese traje suntuoso cargado de pedrería, ni usaba esos atributos con que todavía suelen adornarle los artistas, como el cetro, el globo con la cruz y el bastón de manzano terminado por una bola de plata cincelada. Según los documentos escritos ó pintados más auténticos, era de elevada estatura, pero no «siete veces mayor que la longitud de su pie,» de cuello corto y abdomen prominente; tenía la cabeza redonda, los ojos grandes y animados, la nariz algo larga, la cabellera abundante y el bigote á la moda de los francos; y no llevaba barba. Su voz parecía demasiado chillona para su cuerpo.

No era, pues, el emperador tan majestuoso como se cree comúnmente, pero inspiraba respeto por la firmeza y dignidad de su porte. Vestía generalmente, como los francos, una camisa de lino y una túnica corta, prendas á las cuales agregaba en invierno algunas pieles; tiras de cuero oprimían sus piernas y sus pies, y completaban su traje un manto azul y una espada con guarda y cinturón de oro y plata. Para las grandes fiestas religiosas y para las recepciones de embajadores extranjeros, la tela de su vestido era mejor y los bordados más ricos; en estas ocasiones llevaba Carlos la diadema de oro

(1) FUENTES.—Los *Annales Royales* y la *Vie de Charlemagne*, por Eginardo, contienen algunos datos interesantes. Véanse sobre todo: las Capitulares de Carlomagno, en Boretius, *Capitulare regum Francorum*, págs. 44-259; el tratado de Hincmaro sobre la organización del Palacio (*De Ordine Palatii*), ediciones Prou, 1885, y Verminghoff, á continuación de las *Capitulare regum Francorum*; las Cartas de Alcuino, sus Poesías y las de Angilberto y de Teodulfo, en los *Poeta latini aevi carolini*, edición Dümmeler, 1881, tomo I.

OBRAS DE CONSULTA.—Lehuereu, *Histoire des institutions carolingiennes et du gouvernement des Carolingiens*, 1843. Waitz, *Deutsche Verfassungsgeschichte im frankischen Reich*, tomos III y IV, *Die Karolingische Zeit*, 1883. Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte*, tomos I y II, 1887-1892. Fustel de Coulanges, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*, 1892. Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, págs. 231-321. Dan, *Die Könige der Germanen*, tomo VIII. *Die Franken unter den Karolingern*, 1895-1900. Esta última obra contiene abundantes bibliografías.

(2) *Vie de Charlemagne*, por Eginardo. Poemas de Angilberto y de Teodulfo sobre León III y Carlomagno, y «A Carlos rey,» en los *Poeta latini aevi carolini*, tomo I, págs. 366-374, 383-389. Respecto de Aquisgrán, consúltense: Haggen, *Geschichte Aachen von seinen Anfängen bis zur neuesten Zeit*, 1873; Prost, *Aix-la-Chapelle*, «Mémoires de la Société des Antiquaires de France,» 1890, y las numerosas memorias publicadas en la *Zeitschrift des Aachener Geschichtsvereins*.

guarnecida de piedras preciosas. En Roma, ponfase la clámide y la larga túnica de los romanos.

Carlomagno se casó cuatro veces. Después de haber repudiado á Deseada, tomó sucesivamente por esposas á la bondadosa Hildegarda, «cuyos encantos, dice su epitafio, no tenían rivales entre las hijas de los francos;» á la orgullosa Fastrada y á Liutgarda. De estas uniones legítimas tuvo tres hijos, Carlos, Pipino y Luis, los tres nacidos de Hildegarda, y cinco hijas, Rothruda, Berta, Gisela, Teodrada é Hiltrudis. Estas princesas habíanse acostumbrado á los quehaceres domésticos, á trabajar la lana y á manejar la rueca y el huso, pero les gustaba engalanarse con ricas telas y con joyas, perlas, esmeraldas, broches, brazaletes, collares, cinturones y agujas de oro, de que sus arcas estaban llenas. Su padre no les permitió casarse; tres de ellas fueron abadesas y las otras dos contrajeron uniones irregulares, casándose secretamente Rothruda con el conde Rorigo y Berta con el poeta Angilberto, «el rubio Homero,» de quien tuvo un hijo, que será el historiador Nitardo. En la corte carolingia las costumbres no eran severas, y Carlos no daba buen ejemplo á los suyos; en efecto, después de la muerte de Liutgarda, acaecida en 4 de junio de 800, tuvo cuatro concubinas y varios hijos, dos de los cuales desempeñaron cierto papel más adelante: Drogo, que fué arzobispo de Metz (1), y Hugo, que fué abad de Saint-Quentin.

Carlomagno tiene muchas residencias, Quierzy, Compiègne, Altigny, Heristal, Thionville, Worms, Schlechtstadt, Francfort del Mein, Nimega, Maguncia, Paderborn, Ratisbona, etc., y va de una á otra, viajando continuamente por gusto y por necesidad; pero reside preferentemente en Aquisgrán, lugar célebre por sus aguas y rodeado de bosques abundantes en caza, en donde los romanos tenían un establecimiento termal, en el que estuvo Pipino. Llamábase aquella ciudad «Aquisgranus,» del nombre del dios céltico Granus, que á menudo vemos asimilado á Apolo curandero; en ella edificó Carlos termas, un palacio y una iglesia, y de aquí su denominación francesa de Aix-la-Chapelle, y la hizo su capital política, si es que cabe emplear semejante expresión hablando de aquella época. El mismo dirigió los trabajos de construcción, y cuando las murallas se alzaron sobre el suelo y los dorados tejados brillaron al sol, pareció que una «nueva Roma» había nacido en tierra germánica.

Las distracciones habituales del emperador son la natación y la caza: invita á sus hijos, á sus magnates y á sus amigos á que concurren á sus termas gigantescas, en las cuales se bañan á veces con él cien personas y en ocasiones más. A menudo, con el alba se abren las puertas de la ciudad para dejar paso á la comitiva de cazadores: el rey, la reina, sus hijos y sus hijas y los nobles van á caballo, seguidos de siervos que llevan redes de lino y jabalinas con punta de metal y traflas de «mastines;» y al llegar al bosque la jauría se lanza en persecución del ciervo ó del jabalí y la trompeta anuncia que el animal ha sido descubierto. Terminada la caza, Carlos y sus invitados comen en la tienda de campaña.

Carlomagno, sencillo y sobrio por naturaleza, gusta-

(1) Véase Pfister, *L'archevêque de Metz Drogon*, en las «Mélanges Fabre,» 1902.

ba de estas fiestas rústicas; pero cuando daba grandes festines quería que fuesen dignos de la majestad real. Un poeta ha descrito uno de esos banquetes: el rey, sentado en un elevado sitial, llevaba ceñido á la cabeza un aro de oro; junto á él, ostentando una diadema en los cabellos y un brillante collar de mil reflejos en los hombros, estaba la reina Liutgarda, «tan piadosa como bella, bondadosa con los pequeños y con los grandes, que sembraba por doquier los beneficios y las palabras dulces.» A sus lados están los hijos de Carlos, «lentos de fuerza, de juventud, de corazón y de ingenio,» y sus hijas, «tan bellas, aunque diferentes, que de ellas no quiso separarse nunca.» No tienen las princesas más deseo que agradar á su padre por su alegría, por la frescura de su sonrisa y por la gracia de su porte. A una voz del jefe de los ujieres, todos forman en fila «prontos á obedecer, listos de manos y de pies.» El archicapellán bendice la mesa y se sienta; el senescal, seguido de una legión de cocineros y pasteleros, presenta los manjares delante del trono; y el copero sostiene con una mano las copas y con la otra escancia vinos generosos. Entonces comienza la comida y con ella los juegos de ingenio, en los cuales se digna tomar parte el rey; á los postres, se escuchan graves discursos «sobre las cosas divinas y humanas» y se recitan poesías de circunstancias, obra de algún palaciego.

Carlomagno había recibido cierta educación, aunque mediana si se la compara con la de sus hijos y la de sus nietos; jamás supo escribir. Pero sentía curiosidad por la ciencia, sobre todo por la ciencia religiosa; gustábase el canto y aun cantaba él mismo en la iglesia; hablaba fácil, clara y verbosamente, sabía el latín y entendía algo el griego. Al llegar á la edad viril, estudió retórica, dialéctica y sobre todo astronomía. En la mesa, hacíase leer los historiadores antiguos, pero lo que más le agradaba eran las obras de San Agustín y en particular *La Ciudad de Dios*. Los contemporáneos encomian su piedad, su generosidad con las iglesias y con los pobres y su bondad; para llegar hasta su presencia no se requiere ceremonia alguna; francos y extranjeros, todos son bien acogidos por él. Escogía los funcionarios del palacio en las diversas partes de sus Estados á fin de que cualquiera que le visitara encontrase un hombre de su país que hiciera su presentación, y departía familiarmente con sus huéspedes, interesándose por sus negocios, preguntándoles por sus parientes y encontrando siempre las frases á propósito para cada cual.

Su poder es, sin embargo, más complejo que el de los merovingios: es, como ellos, rey de los francos por herencia y por elección y ha llevado siempre su título de rey; pero es además el sucesor de los Césares y desde 801 se titula «serenísimo Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador que gobierna el imperio romano.» Siente veneración por Roma, cuyo plano grabado en una mesa de plata tiene en su tesoro; se preocupa de las necesidades de aquella ciudad y le envía maderas, vigas y todo lo necesario para el sostenimiento de sus iglesias, en particular de la basílica de San Pedro, á la que prodiga las donaciones de oro, plata y piedras preciosas. Finalmente, el óleo santo ha hecho de él el heredero de David y de Salomón y á menudo se le recuerda este origen místico de su poder: «Por un favor especial, dice un poeta, Cristo ha queri-

do conceder á su pueblo un caudillo dotado de la fe del glorioso rey de los judíos, y si la reputación de David ha cruzado todos los territorios, la de Carlomagno asciende hasta los astros.»

Los merovingios ya invocaban este origen sagrado, pero Carlomagno, que ha recibido la unción, que es hijo del reformador de la Iglesia, protector del papa y propagador de la fe por sus conquistados, es un monarca cristiano, un rey de Iglesia con mayores títulos que Clodoveo, ó que un Gontrán y un Childeberto.

En las paredes del palacio de Ingelheim pintáronse en aquel entonces grandes escenas históricas (1): las hazañas de David y la construcción del templo de Jerusalén en tiempo de Salomón; Constantino abandonando á Roma por Constantinopla, el retrato de Teodorico, Carlos Martel sometiendo á los frisones, Pipino sojuzgando la Aquitania, y su glorioso hijo «poniendo de nuevo bajo la ley á la cohorte de los sajones.» En aquella galería de pinturas, Carlomagno, rey de los francos, emperador de los romanos, monarca consagrado, había hecho representar los orígenes remotos ó próximos de su autoridad.

Tales son los diversos elementos de que se compone un poder que, en teoría por lo menos, es absoluto. Todo el mundo debe obediencia á la voluntad real expresada por medio del «edicto:» «Que nadie sea osado, dice una capitular, á turbar, sea del modo que fuere, el edicto ó la orden (*bannum vel preceptum*) del señor emperador, ni á discutir su obra, ni á dificultarla, ni á disminuirla, ni á hacer cosas contrarias á sus voluntades ó á sus órdenes.» Casi equivale esto al principio romano: «Lo que al príncipe plugo, sea suprema ley.»

## II.—El gobierno central. El palacio. Las asambleas y las capitulares. Los concilios (2).

Carlomagno hállase rodeado de una corte que todavía se denomina *Palatium*, el palacio, y que se parece, en grande, á la corte merovingia (3).

En la jerarquía y en las atribuciones de los funcionarios que la componen y que llevan un nombre nuevo, el de palatinos (*palatini*), se han introducido muy pocas modificaciones. El referendario ha desaparecido, siendo reemplazado por el canceller; tampoco hay ma-

(1) Ermold las describe extensamente en su poema en honor del emperador Ludovico Pio, libro IV, versos 189-283 (edición Dümmeler, 1884, en los *Poeta latini aevi carolini*, tomo II).

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Haureau, *Charlemagne et sa cour*, 1868. Dahn, *Kaiser Karl und seine Palatine*, 1887. Simpson, *Jahrbücher des fränkischen Reiches unter Karl dem Grossen*, tomo II, pág. 540 y siguientes, lista de los funcionarios del palacio. Fustel de Coulanges, *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*. Thevenin, *Lex et Capitula, Contribution à l'histoire de la législation carolingienne*, «Mélanges de l'Ecole des hautes Etudes,» 1878. Platen, *Die Gesetzgebung Karls des Grossen*, 1897. Boretius, *Beiträge zur Capitularienkritik*, 1876. Seeliger, *Die Kapitularien der Karolinger*, 1893. Respecto de Carlomagno y la Iglesia, véanse particularmente: Hauck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo II, segunda edición, 1900; Hefelé, *Histoire des Conciles*, traducción Delarc; Imbart de la Tour, *Les Elections épiscopales dans l'Eglise de France du IX<sup>e</sup> au XII<sup>e</sup> siècle*, 1890; *Les Paroisses rurales de l'ancienne France*, 1900; Duchesne, *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule*, 2 volúmenes, 1894-1900; Ketterer, *Karl der Grosse und die Kirche*, 1898.

(3) Véase anteriormente, pág. 312 y siguientes.

yordomo del palacio, pues los carlovingios cuidaron de suprimir este cargo que les había permitido suplantarse á la primera raza. En su corte, el conde del palacio ocupa el primer lugar, uniendo á sus funciones judiciales la vigilancia del palacio, en otro tiempo confiada al mayordomo. Un personaje nuevo es el archicapellán, á quien á veces se designa con el título bizantino de «apocrisario,» y que fué creado por Pipino cuando este rey comenzó la reforma de la Iglesia: es un miembro del clero, con preferencia un obispo ó un gran abad, y dirige la capilla real al mismo tiempo que los negocios religiosos generales. Vienen luego funcionarios, la mayor parte de los cuales nos son conocidos: *camareros, tesoreros, senescales, botelleros, condestables* y el *apostador mayor* que en los viajes prepara el alojamiento del soberano.

No existe, como no existía en la época merovingia, una demarcación absoluta entre los cargos políticos y los domésticos: el conde del palacio, el archicapellán y el canceller son más especialmente políticos, y el senescal, el botellero y el condestable son más particularmente domésticos; pero, exceptuando quizás el archicapellán, ningún funcionario se concreta á su empleo. Así hay condes del palacio que mandan ejércitos, habiendo muerto uno al lado de Rolando y otro en Sajonia; los senescales dirigen la cocina y van, como Andulfo, á combatir á los bretones y á los tcheques, ó, como Eggihardo, á morir en Roncesvalles; un botellero es enviado á desempeñar una comisión cerca de Tasilo de Baviera, y un condestable guerrea contra los eslavos del Elba. Es la marcha de un régimen primitivo en el cual, por lo mismo que todas las cosas son sencillas, no es necesaria, ni siquiera se concibe, la división del trabajo.

Ciertos servicios, sin embargo, parecen ya mejor organizados. Los *notarios*, instalados en oficinas, redactan las cartas del rey, los diplomas y las actas de inmunidad, y su jefe, que pertenece al clero, es el *protonotario* ó *canciller*. Este funcionario no tiene todavía la importancia que adquirirá más adelante, pues depende del archicapellán y no está encargado del sello; pero maneja documentos confidenciales y conserva el depósito de los archivos (*archivum palatii*), teniendo á sus órdenes como empleados á clérigos «prudentes, inteligentes, fieles, inaccesibles á la venalidad y capaces de guardar fielmente secretos.»

Carlomagno tiene también su consejo, al cual concurren, además del archicapellán, del conde del palacio y del camarero, aquellos magnates (*optimates, proceres*) á quienes le place consultar. Este consejo está encargado principalmente de apaciguar los conflictos entre los palatinos; pero su competencia se extiende á todos los asuntos «que interesan á la salud ó al estado del rey ó del reino.» Sus miembros serán discretos y leales y pondrán su deber por encima de todo, «salvo de la vida eterna;» su número no era ni muy grande ni fijo, y el rey disponía sus reuniones cuando mejor le parecía, aparte de que siempre tenía á su lado tres de sus consejeros, «escogidos entre los más sabios y más eminentes,» sin cuyo parecer nada hacía (4).

(4) Véase la carrera que hicieron dos de los consejeros de Carlomagno, Guillermo de Tolosa y Adalardo. Guillermo, siendo aún muy joven, es enviado al palacio por su padre y se educa